



El Eco de Cartagena

Año XXXI.

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 8888

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas. Tres meses, 6 id.—Provincias.—Tres meses, 7'50 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia se dirigirá al Administrador.

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31, y en Londres, Agencia General Española, 6, Great Winchester, St. James.

LAS SUSCRIPCIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION CALLE MAYOR 124.

MARTES 16 DE JUNIO DE 1891

ALMANAQUE ILUSTRADO DE EL ECO DE CARTAGENA para 1892.

Se admiten anuncios en la Administración de este diario.

Vichy catalán.—Véase anuncios cuarta plana.

SERVICIOS MUNICIPALES DE HIGIENE Y SALUBRIDAD.

XI.

Según la base 7.ª del proyecto que examinamos, será obligación del Director «Preparar todo lo necesario á la organización de servicios sanitarios extraordinarios, para el caso de presentarse una epidemia indígena ó exótica, auxiliando á la junta de sanidad en la realización de medidas que aquella adopte, proponiendo á su vez á la Alcaldía los más urgentes que tiendan á evitar y combatir las enfermedades endémicas, epidémicas y transmisibles, así como las epizootias y enfermedades de los animales.»

Con la simple enunciación de este cometido, se comprende su excepcional importancia, hasta el punto que si el Ayuntamiento hubiese organizado un servicio especial únicamente para la resolución de este problema, no hubiese merecido censura de ninguna clase.

En efecto, en Cartagena donde puede decirse que vivimos bajo la influencia de una epidemia constante, pues, cuando ninguna exótica nos visita, tenemos á las indígenas que nos diezman; cuando el sarampión, la viruela, la gripe, la difteria y la multitud de fiebres palúdicas afectando diversas formas, nos asedian constantemente, se hace indispensable con calma y estudio á la vez de los medios de evitarlas, tener preparado todo lo conveniente para poder combatir las sin vacilaciones ni dudas.

Una triste experiencia ha evidenciado cuan difícil es en los momentos de angustia, cuando una epidemia se ensiorea de una población, acudir ordenadamente á todas las necesidades, así es que en la mayoría de los casos se dictan medidas que resultan onerosísimas para el Erario Municipal é ineficaces para combatir el mal, pues que tiene que acudir en confuso tropel á evitar la infección donde todavía no se ha presentado, á impedir la propagación donde se presentó, hay que prestar pronto auxilio al enfermo, socorro al pobre, proporcionar sepultura á los muertos, y donde no hay orden ni método, ni tranquilidad para pensar en salvadoras medidas dictadas por la ciencia, el mal toma incremento, el terror sobreviene á la postre y en vez de registrar una mortalidad proporcionada, se registra una hecatombe.

Si la epidemia es indígena, hay necesidad de buscar las condiciones que han favorecido su expansión; si por el contrario es exótica el hecho de su importación representa así como un acto de aclimatación de

un agente morboso que se implanta en suelo extraño, y busca en él, medios de sostenerse y reproducirse y es necesario escudriñar entre los recónditos arcanos de la naturaleza el paso del veneno para destruirle al presente y dejar sentadas enseñanzas para el porvenir.

Bien reciente está lo que sucedió el pasado año en nuestra ciudad donde por toda medida preservativa se montó una deficiente inspección de viajeros, se quemó algún desinfectante y costó al Ayuntamiento la friolera de 8.437 pesetas. ¿No les parece á los detractores del proyecto de organización de servicios sanitarios, que con igual cifra puede atenderse á tener preparado un completo plan sanitario con sus elementos de acción para ponerlos en práctica *ipso facto* cuando la necesidad lo reclamase?

Está fuera de duda que en Cartagena deben estar pensadas las medidas preventivas, que deben adoptarse para evitar una epidemia y los remedios adecuados para combatirla en el momento en que se presente, y al efecto conviene estudiar los mejores sistemas para la extinción de focos, el servicio médico y farmacéutico, hospitales especiales, aislamientos, traslación de enfermos y de cadáveres, todo debe estar previsto, consignando en memorias y estadísticas las enfermedades que bajo la forma epidémica se presentan, su evolución, su expansibilidad y difusión, la mortalidad por edades y sexos, el estado civil de los fallecidos, su estado social, profesiones, los agentes astronómicos y los físico-químicos con sus influencias durante las epidemias.

Pero apesar de las enseñanzas que tenemos de lo pasado, no acariciamos la halagüeña esperanza de que se modifique en el porvenir por las llamadas preocupaciones, contra las que ha luchado y lucha la higiene pública y que nosotros llamamos oposiciones sistemáticas. A cada progreso se opone siempre una preocupación y se llega hasta calificar de absurdo por los que no pueden tolerar mejora alguna y que aseguran podríamos pasar sin él como hemos pasado hasta aquí. Estos refractarios á toda medida progresiva son también los enemigos de la humanidad y sucumbirán sin comprender que vivimos en el siglo del progreso y que si otros títulos no tuviera podría apellidarse con razón el Siglo de la Higiene.

PERO NIÑO.

IV

En el artículo anterior dejamos al caudillo en el puerto de Orestan con la conciencia satisfecha por haber castigado la piratería y rescatado rica presa; pero como quiera que por la mal entendida protección del Santo Padre y del rey de Aragón, nada podía hacer por el momento contra los prevenidos corsarios Castrillo, Almaynar y Nicolao Jimenez, cuyas seis galeras venían siendo el terror de la marina mercante en el Mediterráneo, teniendo noticia el caballero de que

por el bey de Tunes se armaban naves para piratear por nuestras costas, hacia aquel puerto mandó hacer rumbo á sus galeras.

Una noche apacible en que la luna iluminaba los espacios, los mares y las costas africanas, forzó el puerto de Tunes el bravo caudillo castellano. En su embocadura, fondeada, se hallaba una galera armada tunecina. Desentendiéndose del consejo que le recomendaba la prudencia mostrándole el peligro de aquella empresa temeraria, contestó el caballero: «Agora non vemos si non esta (la galera armada) afe-rrad con ella, que quando las otras vinieren, si á Dios ploguiere, ternemos nos ya esta.» Y seguidamente mandó tocar á los *trompetas* la señal de ataque y cayó al abordaje sobre la fusta enemiga á la cual rindió, después de desesperada lucha, matando ó prendiendo á todos sus defensores.

Después, con osadía inaudita Pero Niño avanzó con sus galeras hacia el interior del puerto.

Veamos como el cronista dá cuenta de este hecho, quizás único en la historia de la marina castellana.

«Sabiedo el ardid dellos, é las nuevas de como avía otra galera armada muy grande, (esta era la grand Galeaza del Rey de Tunes) comenzaron las galeras de ir en busca della dentro al puerto: é también la tomaran segura como á la otra; mas era allí entonces una carraca de Ginevrases, que estaba la entrada del puerto, é quitábase de noche: é oyeron la batalla é tomar de la primera galera: é pensando que las galeras iban á ella, armarouse, é tañeron una trompeta. É el sonido della oyeron los Moros de la grand galera, é elevaron áncora, é vieron venir las galeras del Capitán, así tan bravas como venían las águilas á la presa. Fuyó á la tierra, entró por la canal de un río que salía de la tierra; é la galera del Capitán embistióla por popa. E al embestir, saltó el Capitán dentro; é del golpe de reves tir resustió la su galera atrás, é flocó él solo en la galera de los Moros. Las armas que levaba eran estas: unas fojas é braceletes, é una barreta, é una espada en la mano, é una adarga: é comenzó su pelea con los Moros muy fieramente; é la galera de Fernando Niño non podía llegar. En la galera del Capitán tanta era la prisa por sacar la galera de los Moros que avía encallado en tierra, é por pelear é defender (ca la galera de los Moros era más alta que las otras) que non curaban del Capitán, ca non lo vieran entrar si non los que estaban en popa; é daba voces que le acorriesen, é con la grand priesa non era oido. E la gente que crecía de la tierra cada vez más era ya mucha: entraban en la mar á pelear con ellos tantos que non los podían sufrir. El buen Caballero, viendo que non tenía ayuda si non de Dios, é que á él solo convenía delibrar aquel fecho, peleó tan fuertemente, que es una cosa muy dura de creer, salvó á aquellos que lo vieron. Dió tan fuertes golpes, é firió é mató á tantos, que en poca de hora desembargó la gente, é

los leyó delante sí fasta la mitad de la galera. Allí prendió al Arraez de la galera, que es el Almirante; é ferido le hizo estar quedo en un lugar, que nunca de allí se osó partir. E venía ya el día claro, é vieron los Moros que un solo ome facía aquel daño todo en ellos: volvieron á él como canes rabiosos; é tan fuertemente ferían en él, que los non podía sufrir, é transcerole retrayéndose fasta cerca de la popa. El buen Caballero, veyéndose en tan grand priesa, é tan ancicado, llamó á Sancta Maria que la ayudase, é fizo allí voto solemne: é fué á ellos tan bravo como va el león á la presa, firiendo é matando en ellos, levándolos por la galera adelante horrada ya toda fasta la proa. Allí llegó su galera, é pujaron sus gentes en la galera de los Moros, é quedó toda por él; más estaba encallada en tierra. Allí en la proa encontróse con un Caballero Moro, del cual él daba bien las señas, donde él juró que el Moro le diera tan grandes golpes de su espada por encima de la cabeza, que le ficiera fincar las rodillas. Allí fue ferido Pero Niño de grandes heridas.»

«Desque fué el día claro vieron que muy cerca de la cibdad parecían tantas gentes de Moros, que toda la tierra por donde ellos andaban cubrían. Las galeras porfiaban todavía por sacar la grand galera, é estan juntas con la tierra: el sabre (1) era muy llano entraban los Moros á caballo á ferirse con los de las galeras del Capitán. Énñ ya en la mar mas de diez mil Moros, é morían allí muchos dellos. La priesa era tanta del un cabo é del otro del ferir, que se non podría decir: é la muchedumbre dellos era tanta, que non podría ome lanzar arma en valde, é que non fuese: é con la grand cobdicia de sacar la galera de los Moros, non curaban de la del Capitán, é oviera de perderse, ca los Moros asieron tantos por las vandadas della, que la levaban á la tierra. Veyendo esto el Capitán saltó en su galera con parte de su gente, que fué maravilla poderla ya sacar de poder de los Moros. Allí fué fecha tan grand mortandad, que toda el agua al derredor de las galeras andaba tinta en sangre. Durante la batalla sacaron los Moros de su galera una tabla debajo de la proa, é pasó el agua, é por allí finchóse della. E la agua vista, dixeron al Capitán, que non trabajase mas por ello, que ya non la podían de allí sacar: é estonce robáronla toda. E tornó el Capitán á sus galeras: é queriendo remar la galera del Capitán, non pudieron, que encallaba de proa en tierra: é demandaron cabo á la galera de su primo, que estaba más á fuera, é diéronle, é así remando sacáronla de aquella priesa.»

«Quando la batalla fué fecha, é vió el Capitán que non podían sacar la galera, á otrosí que la otra galera que avía tomado de los Moros non tenía gente para la traer por quanto era muy lejos de tierra

(1) Arena ó playa.

de Christianos, despojáronlas todas, é mandolas poner fuego, é así ardieron amas á dos.»

(Concluirá)

I. Martínez Rizo.

VARIETADES

EXÁMENES

Ha llegado la época de ellos. Los estudiantes *empollan* que es un primor para salir airoos. Unos lo conseguirán. Otros.... no podrán lograrlo.

Los padres, en esta época, sufren más que los chicos, y quisieran ayudarles á aprender la filosofía ó la química, especialmente esta última, que dominan todos aquellos que se tifen el bigote. Pero es inútil. Lo que no hace el propio estudiante, no lo hace nadie.

Los que por naturaleza, son buenos; es decir los que tienen amor al estudio no necesitan darse malos ratos; pero los que durante el curso en lugar de estudiar se han mordido las uñas ó han bañado el bofeto, esos aprietan que es un gusto.

Y, vamos, para los que tienen buena imaginación la cosa no pasa de ser difícil. Pero para los que son obtusos, es más que imposible. Así suelen verse en estos días caras de muchachos, verdes como la ova, ojeras y demacradas, que revelan los insomnios á que están sujetos desde que empezó el mes de Junio.

¿Y para qué? Para nada, quizá, para hacerles gastar á los padres en medicinas cuando ya han obtenido las características calabazas.

Hay jóvenes que tienen un memorión á prueba, y se aprenden al dedillo hasta el índice de las asignaturas que estudian.

Otros en cambio, que en el momento del examen se olvidan hasta de que van á ser examinados.

Verdad es, que esos momentos son supremos para cualquiera.

¿Qué manera de latir el corazón!

¿Qué modo de moverse el pulso!

¿Y qué descomposición más general en la máquina!

Cuando un joven oye su nombre y se presenta ante el tribunal que há de juzgarlo, es indudable que se encuentra en el mismo estado que cuando el cólera invade á un sujeto.

De todo se siente deseeo., menos de ser examinado.

¡Claro, como que entonces no está ninguno para eso!

Aquellas no son cabezas. Son olla de grillos.

Y si á la primera pregunta no saben contestar, hasta sienten calambres.

Ciertamente que los reñidos de los que componen el tribunal, cuando quienes fuesen, infundirán aliento al mismo Cid Campeador.

Hay estudiante, que si eso valiera, la emprendería á caballo con los examinadores y no concluiría hasta que lo aprobaran.

En ciertos exámenes se oren cosas originales que al que está tranquilo le hacen muchísima gracia.

—Diga V. joven. ¿Usted conoce